

# HUELLAS DE ESPAÑA Y HEROISMO PARAGUAYO



La selva avanza sobre las ruinas de las Misiones de San Lorenzo Guazú.

de fervor religioso y de inteligencia que nos reconcilia con la especie humana", dice el ex Presidente del Paraguay, D. Natalicio González, en su libro "El Paraguay eterno".

Se ha dicho que las Misiones jesuítas del Paraguay fueron el primer Estado que puso en práctica el comunismo. En parte es verdad. Sólo en parte, porque el régimen de propiedad privada existió en las doctrinas guaraníes y predominó sobre el sistema de propiedad común. Esta fué subsidiaria: sirvió para completar lo que la iniciativa particular no alcanzaba a lograr por indolencia, condiciones climatológicas adversas o por falta de brazos dedicados a la defensa de los poblados contra los "mamelucos" de Sao Paulo.

Fuera o no comunista el Estado jesuíta, no es seguro que fuese implantado de buenas a primeras, como plan preconcebido, por los misioneros de la Compañía de San Ignacio. Parece muy probable que los jesuitas adoptaron, perfeccionándolo, el sistema que ya practicaban, tal vez en forma rudimentaria, las tribus guaraníes de una extensísima zona que hoy forma parte no sólo de Paraguay, sino también de Argentina, Brasil y Uruguay.

Esta adopción por parte de los misioneros de un régimen de vida autóctono es lo que ha hecho decir a los historiadores que en esta parcela de América la conquista se hizo al revés.

Lo que conocemos de la vida de los guaraníes, debido muy especialmente a las narraciones de los jesuitas, nos indica que la propiedad mueble, de casi nulo valor, como es de suponer, era enteramente privada; no así la inmueble, que era de dos clases: el "abámbaé" (propio del hombre, del indio), que era la tierra entregada u ocupada por el individuo y obligado a trabajarla en la medida de sus fuerzas, y el "tupámbaé" (Tupá: Dios, propiedad de Dios, propiedad común), que representaba la colectivización de la tierra, cultivada bajo la fiscalización del grupo en sus orígenes y del "Estado" jesuíta después. En el cultivo del "tupámbaé" intervenían por turno todos los miembros de la comunidad, y posiblemente hasta el establecimiento de las Misiones esa participación no tuvo lugar de una manera sistemática. Y la producción de esta propiedad colectiva venía a suplir las fallas de la privada, y era además la base del comercio exterior de las Misiones, y de sus reservas salían las vituallas y provisiones para las expediciones que se emprendían con fines de interés para la comunidad.

El régimen de comunidad agraria, recogido por nuestras leyes de Indias, llega como una institución hasta nuestros días, perpetuada por la tradición, a pesar de los esfuerzos realizados, sobre todo por la legislación que parte de 1870, y que, sin conseguir inculcarlo enteramente en el espíritu del pueblo, se afana por establecer el derecho de propiedad en el campo paraguayo sobre abstractos moldes de importación.

En el ambiente de las doctrinas jesuítas, que no era siempre el de una Arcadia, como lo quiere la imaginación romántica de Chateaubriand y de los viajeros que pintan un paraíso de las zonas que recorrieron sometidas al régimen de comunidad narrado, prosperó y se pobló lo que hoy comprende Paraguay.

LA labor catequista de los misioneros, emprendida en un escenario indomeñado, entre tribus hostiles, supone un despliegue de abnegación,

Las invasiones de los "mamelucos" de San Pablo, que periódicamente hacían incursiones en busca de esclavos, y los abusos de los encomenderos, a los cuales nuestra legislación de Indias—no siempre cumplida—trató de poner freno, fueron poco a poco arruinando una labor, tan paciente como inteligente, realizada por los Padres de la Compañía de Jesús; ruina que culmina con la expulsión de los jesuitas, decretada por Carlos III, aunque aquí no tuvo lugar hasta diez años después que en España. Hoy no queda de las Misiones más que el recuerdo, literatura y unas ruinas esparcidas por todo el Paraguay, sobre las cuales avanza implacablemente la selva.

Las doctrinas se disolvieron y sus componentes se vieron abandonados a su suerte frente a la explotación del blanco y del mestizo—que fué peor—, y se interrumpió el progresivo aumento de la población, que la inmigración no alcanzó nunca a suplir, detenida por las mejores condiciones de clima y prosperidad material de las márgenes del Río de la Plata.

Sobrecoge hoy el ánimo ver el mapa del Paraguay y pensar que en esa extensión, dividida verticalmente por el río Paraguay, vive una población que no llega al millón de habitantes. De éstos, alrededor de trescientos mil viven en la capital y pueblos próximos. El resto, en unos cuantos pueblos del interior y en los interminables hierbales de mate, quebrachales y estancias de ganado.

Este brevísimo bosquejo de la distribución de la población paraguaya sirve de presentación al problema demográfico—quizás el problema del que parten los demás—, ante el que se debate este país desde los comienzos de su vida independiente, y muy especialmente desde el último tercio del siglo pasado. En 1870, al terminar la guerra que este país sostuvo durante cinco años con la Argentina, Brasil y Uruguay unidos, quedó en el Paraguay una población masculina inferior a 30.000, cifra compuesta en su mayoría por ancianos y niños. En esa lucha se puso por primera vez en práctica, en la proporción correspondiente, la "guerra total": el Paraguay quedó materialmente destruido. Los astilleros, fundiciones, industrias, altos hornos, fábricas de armas y el comercio,

que Carlos Antonio López preparara y que su hijo, el mariscal Francisco Solano López, perfeccionó y puso en movimiento para la lucha que iba a sostener contra una superioridad numérica abrumadora, fueron destruidos, saqueados, arrasados, como anuncio de lo que nuestra generación había de ver estos años en Varsovia, Londres, Coventry, Berlín.

El mariscal López intentó forzar el bloqueo que ahoga a este territorio mediterráneo; violó la neutralidad de un vecino para atacar a otro, y después de invadir extensos territorios en el sur, tuvo que replegarse a sus selvas, esteros y cenagales, estableciendo allí sus líneas defensivas, con las que con suerte varió, pero siempre con un heroísmo y una audacia que pasman, mantuvo a raya durante años a los ejércitos de la Triple Alianza. Los nombres de Curupayty, Humaitá y Cerro Corá, donde el mariscal cae cuando no tenía más que un puñado, así literalmente, de hombres, levantan la admiración y mueven al respeto aun de sus enemigos externos e internos. Que también tuvo su quinta columna, a la que no perdonó. De ella formó parte un hermano que, ante la evidencia de la traición, fué fusilado.

Hoy, todavía, Paraguay paga el paso por el Gobierno de este Quijote mestizo ambicioso, heroico y visionario.



Restos de la iglesia de Humaitá (hoy monumento nacional), que fué un baluarte de las defensas del mariscal López contra la invasión extranjera.